

«EL MAGO DE LA PALABRA»
IN MEMORIAM:
EXCMO. SR. D. RAMIRO FLÓREZ

Por ÁNGELES LÓPEZ MORENO
Catedrática de Filosofía del Derecho y Filosofía Política
Universidad Complutense de Madrid

I. EVOCANDO LOS ENCUENTROS CON DON RAMIRO: «EL MAGO
DE LA PALABRA»

Como cada noche, al traspasar la pesada puerta de acceso a la entrada de carruajes que precede al cuadrado patio interior del edificio de la Fundación Universitaria Española, me dirigí hacia el ascensor, ansiosa por llegar al pequeño palomar de mi vivienda y desprenderme de la pesada bolsa de libros que, durante la laboriosa jornada, había reunido para la investigación que durante meses venía elaborando. Todo alrededor permanecía quieto y en silencio, cuando mis ojos se dirigieron súbitamente a una de las ventanas que daban al patio interior, atraídos por la luz que reinaba en su interior. Inmediatamente identifiqué la habitación iluminada con el despacho donde incansablemente y día tras día estudiaba y escribía D. Ramiro.

Mecánicamente mis pies dirigieron mi cuerpo hasta situarlo frente al alargado ventanal que permanecía iluminado y abierto de par en par. De forma espontánea brotó de mi boca el saludo nocturno con que en otras ocasiones le solía interrumpir y al que seguía una breve y siempre afectuosa y luminosa conversación. Giré la cabeza al creer percibir un sonido de palabras a mis espaldas, una voz cariñosa que contestaba a mi

saludo quedamente. Cuando volví la vista descubrí que esa voz se alejaba envuelta en un aletear denso y suave que se escuchaba ahora como perdido en la distancia. Un azul turbador, un negro frío, un amarillo hiriente y un verde paralizante quedaron incrustados en mi retina y en mi memoria. Ya en el ascensor asumí la certeza de que no lograría dormir. Y así fue: la oscuridad se rompió con el alba. Los sonidos incipientes de la ciudad al desperezarse comenzaron a rasgar el silencio, el mundo emergía del sueño, y yo continuaba despierta y exhausta. La mente plagada de recuerdos de tan admirado amigo y maestro, el pulso ralentizado, los latidos del corazón casi inaudibles.

Durante la noche todo aconteció como una sucesión incontrolada de brumas espesas, como un largo y agotador éxodo a través de páramos desiertos, como una singladura hacia no se sabe dónde surcando nieblas opacas: la búsqueda infructuosa de la salida de un laberinto circular cuyo arquitecto lo había diseñado de imposible por inexistente escapatoria. El laberinto del cúmulo de preguntas con que se enfrenta el pensamiento en la búsqueda de respuestas que ansiaba obtener de aquél que, en otro tiempo no muy lejano, había contribuido con generosa gratitud a esclarecerlas. Como Ariadna me preguntaba ¿quién prefieres que te encuentre antes: el minotauro para así permanecer el resto de tu vida en el laberinto, o Teseo, que te sacará de nuevo al mundo? Me respondí: hay que elegir entre una prisión que, aunque sea segura y divertida como un laberinto, no deja de ser cárcel, y el vasto mundo, inseguro y lleno de riesgos, pero donde se puede ejercitar el bien de la libertad, tan afecta, tan conocida y tan llena de contenido valioso para D. Ramiro.

Como tantas otras ideas, el lenguaje ocupó el centro de nuestro interés. El maestro hablaba, yo escuchaba fascinada sus palabras, porque D. Ramiro era un «mago de las palabras», un gran dominador del lenguaje. Su amor por el lenguaje y esa pasión suya por el texto escrito, especialmente el que procede del pensamiento y la poesía mística, se traducían siempre en su forma de hablar, embrujadora y envolvente, acariciante y convincente, y, sobre todo, precisa y clara. Exigencia de claridad que, en coincidencia con García Morente, debe acompañar a todo pensamiento bien dirigido y, «no sólo, porque la claridad sea la cortesía del filósofo, sino porque, de hecho, a quien bien concibe nunca le faltarán las palabras y modos apropiados para expresar lo concebido»; frente a

la superficialidad, exigencia de precisión, exactitud, orden, medida y figura.¹

No es extraño, pues, que al escucharle parecía como si el pensamiento y la poesía cobrasen vida, como si dejaran de ser esas materias complejas, inútiles y abstractas que pocos comprenden y muchos desprecian y que, tratadas por él, se convertían en algo que nos obliga a sentir y a vivir hasta el punto de desembocar en una necesidad ineludible a la que dedicar lo mejor de uno mismo. La dedicación a pensar, la tarea de pensar, a él tan afecta, aunque difícil, es lo único fructuoso; se aprende sólo pensando, «el arte de pensar sólo se alcanza ejecutándolo», y se enseña a pensar facilitado la situación que nos obligue a pensar, «enseñar a pensar es apuntar a la situación que nos ponga en trance» lo cual no puede conseguirse «sin la previa ejecución ya del pensar».²

Por esta razón D. Ramiro comprendió muy bien la inquietud que despertaba el lenguaje en Heidegger y supo captar el lugar que ocupa en su pensamiento, así como los «virajes» que en torno a él se producen.³ Primero como «existenciario» incorporado en la trama difícil del «encontrarse» («*Befindlichkeit*») y del «comprender» («*Verstehen*»), el habla y el lenguaje, en línea con el «*lógos apofantikós*» aristotélico, es el logos como «patentización» de lo que dice el ser en su modo peculiar de aparecer en el mundo; después como «decir del ser», como «correspondencia con el ser», como morada de la esencia del hombre, como llave que abre la puerta de la casa del ser («el lenguaje es la casa del ser y en ella habita el hombre», repite machaconamente Heidegger); mas tarde como «experiencia andada al caminar» y, por último, como «lógica del silencio» o «lenguaje de la esencia», a la que D. Ramiro califica como epifanía sacral y de salutación, de amor y de temor, de profecía o anuncio místicos, es la presencia de lo numinoso, de lo anonadante y arrebatador, es, en definitiva, el destello de la divinidad anunciándose desde su permanente ausencia. Es, concluye D. Ramiro, «la maravilla sentida por el alma y los sentidos, de que algo sea» de la que habla el poeta Jorge Guillén y que representa el contrapunto del sentir de León Felipe quien, con cruda dureza, nos presenta así a la palabra:

¹ R. FLÓREZ FLÓREZ, «Misión del pensamiento en García Morente», *Cuadernos de Pensamiento*, nº 2, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1988, p.82.

² *Ibid.* pp. 82 y 83.

³ R. FLÓREZ FLÓREZ, «El enredo del lenguaje en Heidegger», *Cuadernos de Pensamiento*, nº 14, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2001, pp. 225-258.

«¿Pero, ¿qué están hablando esos poetas ahí de la palabra?
 Siempre en cuestiones de modisto:
 Que si desteñida o apretada...
 Que si la túnica o la casaca...
 ¡Basta ya!
 La palabra es un ladrillo. ¿Me oísteis?...
 ¿Me ha oído Vd.,
 Señor Arcipreste?
 Un ladrillo, el ladrillo para levantar la torre...
 y la torre tiene que ser
 alta...alta...alta...hasta que no
 pueda ser mas alta.
 Hasta que llegue a la última cornisa
 de la última ventana
 del último sol
 y no pueda ser mas alta.
 Hasta que ya entonces no quede mas que un ladrillo solo,
 el último ladrillo...
 la última palabra
 para tirársela a Dios
 con la fuerza de la blasfemia
 o de la plegaria...
 y romperle la frente..Haber si dentro de su cráneo
 está la Luz...o está la Nada.»

II. CONTENIDO DE LOS ENCUENTROS: APRENDER A PENSAR

Ahora, pasado el tiempo, yo también he comprendido la presencia de esta inquietud en el maestro.

—¿Qué te sugieren los nombres «filosofía» y «poesía»? me preguntó en una ocasión.

Sin pensar le contesté:

—Verde y azul.

—¿Cómo? —su gesto de extrañeza me cohibió—. Te pregunto por unas palabras, cargadas además de tanta significación y tú me hablas de dos colores. No comprendo.

Sintiendo un rubor ardiente poblar mis mejillas, con voz casi inaudible

me atreví a explicarle que desde pequeña me sucede con las letras algo que te parecerá insólito:

—No soy capaz de verlas todas iguales, quiero decir todas del mismo color, sino que a cada una le atribuyo, no me preguntes en virtud de qué, un color distinto, el suyo, de forma que al ver o pensar una palabra la identifico, mucho más que por su sentido real, por uno o más colores, dependiendo de las letras que la componen.

—Esto es realmente curioso, por decirlo de alguna manera.

Sonrió y la ironía le incendiaba unos ojos, pequeños y cansados, que atónitos me miraban por encima de las gafas.

—Desde que tenía pocos años y aprendí a leer —añadió— he estado enamorado de una mujer, la filosofía, y de su hija no reconocida, la poesía; ambas son mis dos amores; he devorado, y creo que asimilado bien, cientos de libros extraordinarios; he escrito muchos libros y artículos como sabes y todos parecen haber tenido muy buena aceptación; creo haber sido un buen profesor de filosofía y ahora resulta que durante todo ese tiempo se me ha estado escapado una clave esencial de los textos filosóficos y poéticos, lo que podríamos llamar su cualidad cromática, ¿no es así?

—No era mi intención ofenderle ni, mucho menos, enseñarle nada —repuse—. Simplemente le he contado algo, como usted ha dicho, curioso.

—Disculpa, mujer, pero tengo la cabeza bastante cansada. Pensaré sobre este asunto. Ya continuaremos en otra ocasión.

Se alejó con su andar pausado sin volver la vista ni una sola vez, mientras yo quedaba naufragando en una extraña sensación donde se mezclaban vergüenza, remordimiento y tristeza.

A los pocos días, en el pasillo de entrada al edificio de la Fundación, nos volvimos a encontrar. Era media tarde y D. Ramiro, como en otras ocasiones, caminaba hacia la Sala de Conferencias ubicada en la primera planta. Se iniciaba un nuevo Seminario de Pensamiento y corría a su cargo presentar al conferenciante. Levantó la mirada y la fijó en mis ojos: no había en ella rastro de ironía, tan sólo la sombra de una inmensa interrogación aún no satisfecha.

—Ven, ven, me gustaría que habláramos un poco sobre lo que me dijiste el otro día, porque bien pensado me resultó fascinante cuando medi-

té sobre ello, pero lo cierto es que no he llegado aún a comprenderlo muy bien. Según tú, si no lo entendí demasiado mal, a cada letra le corresponde un color, pero no uno cualquiera, caprichoso o cambiante, sino precisamente el suyo, y es a través de esta forma tan original como tú percibes las palabras, las frases, mas que por el significado convencionalmente admitido. ¿Voy bien?

—Sí, me has comprendido perfectamente, respondí. La A es rojo, la I es verde, la O es azul, la E es amarillo, etcétera.

—Entonces estamos de acuerdo en algo aunque tú lo has llevado mucho más lejos —respondió con su rostro sonriente—: el mundo, y todo lo que éste contiene, sea animal, vegetal o mineral, se presente estado líquido, sólido o gaseoso, no existe realmente hasta que aparece la palabra que lo nombra, creada por la inteligencia humana, que es por tanto lo único que escapa y es anterior a lo demás, algo así como los dioses que las diversas religiones predicán. Hasta aquí mi idea. Y tu ampliación del fenómeno, habría que decir mejor, complejización del fenómeno, consiste en levantar un escalón más: las cosas no son hasta que no son nombradas, pero a su vez la palabra, cada palabra, tiene su color o colores distintos, de modo que no es originaria: lo prístino es el color que confiere el tono a la palabra para que ésta nombre, ¿no es así?

—No lo sé —repuse—, la verdad es que nunca he pensado en todo eso unido, ni con tal intensidad, ni desde luego tan rápido. Diría que lo mío es básicamente intuición y sensibilidad. En este momento me siento confusa.

—No te preocupes —contestó—: si unimos nuestras capacidades de intuición y sensibilidad, las tuyas mayores que las mías, y nuestra capacidad de pensamiento, aunque sólo sea por años la mía mayor que la tuya, tal vez lograremos un resultado fabuloso, no sólo para el conocimiento, sino sobre todo para nuestras propias vidas. Asimila mi pensamiento, yo asimilaré tu intuición y continuaremos hablando.

Transcurrieron varias semanas sin que volviéramos a encontrarnos cuando inesperadamente, en esta ocasión por una amplia calle ruidosa y llena de gente, le vi venir de frente; su vista cansada y deteriorada por la edad le impidió reconocerme ni siquiera en la corta distancia. Me detuve a su lado, le saludé y, de inmediato, al escuchar mi voz me tomé del brazo, como buscando apoyo, retomando de inmediato el diálogo.

—He pensado —le dije—.

—Yo también. Bueno, quiero decir que he sentido.

—¿Y?

—Me he dado cuenta de algo que nunca se me había ocurrido observar, a pesar de que es tan evidente que parece imposible no verlo: todo lo que nos rodea, sin excepción, tiene un color; si la palabra, cuando nombra, crea el ser, y en eso ya coincidimos el otro día, es evidente que ella misma ha de poseer un color, aunque éste no sea estrictamente físico o material, pues quizá se represente tan sólo en nuestra imaginación.

—Exacto. Siempre ha sido claro para mí que lo peor de la ceguera no es el no poder percibir las figuras, sino la incapacidad para apreciar los colores. De igual manera, la ceguera espiritual se manifiesta en la ausencia de mirada interior para diferenciar los colores de las letras, que se ven todas negras, como el ciego lo ve todo negro.

El mundo es lo que las palabras dicen que es —esto es lo que he pensado gracias a ti— y, por lo tanto, el desconocimiento o incomprensión de la vida o de la muerte, de la ternura o el sentimiento, de la sabiduría, se traduce en que las letras pierden su color y consiguientemente gran parte de su sentido. ¿Tú has pensado sola todo lo que has dicho?

Replique ¿tú has sentido sólo todo lo que dices?

Me miró con complicidad y sonrió.

—Chiquilla, quiero verte en mi despacho el próximo miércoles. ¿Vendrás?

—Si —respondí—.

—Hasta el miércoles, pues. ¡Ve con Dios!

III. RESULTADO DE LOS ENCUENTROS: SINTONÍA CREADORA

Ocupé mi pensamiento durante ese fin de semana en adivinar y predecir el rumbo que seguiría nuestro tema de diálogo. Ese sábado trabajé durante toda la mañana y ya bien entrado el día —emulando los largos paseos que D. Ramiro gustaba practicar por los alrededores del que consideraba su medio natural, El Escorial— decidí salir a caminar por El Retiro. La tarde era fría, aunque clara, con un cielo totalmente despejado,

alto y azul, que inspiraba una sensación de tranquila protección. Como en tantas ocasiones mis pies casi mecánicamente tomaron la ruta de «La Rosaleda». El colorear de las rosas de invierno se divisaba a bastantes metros y el aroma se hacía cada vez más intenso en la cercanía. Junto al rojo pasión el amarillo intenso, el rosa cálido y el blanco limpio... Admiré la mixtura cromática y multitud de fragancias envolvieron mi espíritu revitalizándolo.

A mi regreso el sol era un enorme disco rojo anclado en las copas de los frondosos árboles, a cuyas hojas hacía variar por segundos sus tonos naturales. De nuevo rememoré el tema de nuestra charla, me detuve a contemplar el plural colorido que ante mí mostraba la naturaleza y sobrecogida quedé apresada en ella. Ahora me resulta imposible describir el cúmulo de sensaciones que mantuvieron presa mi atención no sé por cuanto tiempo. Ningún comentario en prosa puede llegar a expresar la hermosura y alegría que experimentó mi espíritu y como «casa sosegada» fui capaz de captar con toda nitidez la presencia real afectiva de la divina hermosura que gratuitamente me obsequiaba con ese mágico momento. Comprendí entonces la hondura de las estrofas místicas del «Cántico espiritual» de San Juan de la Cruz comentadas magistralmente por D. Ramiro:⁴

«Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura» .

Y llegó el temido miércoles.

—¿Qué somos nosotros? —me dijo al cerrar la puerta de su despacho.

—Tú, mi profesor y maestro; yo, una alumna que te admira.

—No me refiero a eso. Intenta distinguir entre tu persona y la mía basándote en alguna característica singular.

—Tu eres muy racional y yo muy intuitiva

⁴ R. FLÓREZ FLÓREZ, «Razón mística: la experiencia de la interioridad en San Juan de la Cruz y San Agustín», ponencia presentada al Simposio sobre San Juan de la Cruz, celebrado en Ávila durante el otoño de 1987, en *Cuadernos de Pensamiento*, 2, Madrid, FUE, 1988, pp. 161-208.

—Correcto. Esa es la razón por la que tu sentido natural de la estética prefiere las formas y sobre todo los colores —esto es, la pintura— y yo tiendo más a las construcciones necesariamente ordenadas que conforman el pensamiento y la creación literaria.

—Tú sólo ves, o hasta ahora veías, un color, mientras que yo los veo todos.

—De acuerdo. Y de ahí que algunos de los libros que he escrito tal vez no me parezcan tan buenos, porque les falta lo que desde ahora, sin ningún tipo de ironía, llamaremos cualidad cromática. ¿Se te ocurre algo más?

—Sí: tú eres un hombre, un gran pensador que contempla la vida desde la madurez serena y yo una mujer universitaria que vibra por expresar la verdad que, desde niña, siento viva en la realidad.

—Sí, pero tú has logrado algo que yo no he conseguido con la madurez que dan los años: has inventado un alfabeto de colores en el que has reunido armónicamente la racionalidad propia de la lengua con la necesaria pincelada de sensibilidad o instinto que ésta ha de poseer para, en verdad, ser expresiva. Tu alfabeto es un símbolo del equilibrio indispensable para vivir y crear, equilibrio del que nace la belleza, de la que a su vez nace el Arte, la suprema interpretación que del mundo hace el hombre.

—Ya no se me ocurre ninguna distinción más, D. Ramiro, dije un poco agotada.

—Piensa. Solamente queda una, que es la más sencilla y al mismo tiempo la más trascendente y fructífera.

—Tú eres un hombre y yo una mujer.

—¡Bravo! Mira chiquilla, como una habitación donde nunca penetra el sol, un hombre sin una mujer o una mujer sin un hombre acaban siendo devorados por las tinieblas, el desconcierto y el silencio, por la destrucción lenta pero corrosiva del tiempo, por el hastío y la inutilidad: sólo el amor puede vencer a la muerte; a la desaparición definitiva opone el recuerdo irrompible, a las pequeñas muertes cotidianas la resistencia de la espada bien forjada, a las tres o cuatro grandes muertes que toda persona sufre a lo largo de su vida. Sólo el amor, reconozco una vez más, como

máxima expresión de lo humano, une con cadenas de plata dos existencias hasta entonces errantes. Sólo el amor es vínculo entre los hombres; porque somos frutos del amor de Dios y, en Su búsqueda transcurre todo nuestro proyecto de vida. Su amor está en nuestra vida, en nuestra alma, en nuestra memoria. «In te supra me», del que da cuenta Agustín, «tú estás en mí, pero estás en ti por encima de mí».⁵

—¿Estás reconociendo, entonces, que el amor fecunda también al entendimiento? Si así es, habrás de aceptar que esa fecundidad tan sólo es posible por y con la mediación del reconocimiento a la peculiar mismidad del otro que al unirse a la tuya se torna fecunda dando como resultado una visión unitaria y completa de la realidad que no es posible lograr por separado. La mujer y el varón, aportando cada uno su modo de ser y actuar propios, se funden en un obrar común fecundo que fructifica de forma unitaria en la mujer, de aquí que Edith Stein en su interpretación del Génesis exprese un idea que ejemplifica muy bien lo que pretendo incorporar a tu razonamiento: «...la fertilidad creativa y plenificadora de Dios, podemos encontrarla también en la especificidad femenina de ser “madre de los vivientes”, de hacer brotar de su vida nueva vida y, cuando ha alcanzado autonomía existencial, ayudarla en orden a su más pleno desarrollo posible...El Espíritu —referencia expresa al Espíritu Santo— que limpia lo manchado, que flexibiliza lo rígido, se refleja en la pureza y dulzura femeninas, que no sólo quiere ser ella misma pura y dulce, sino también expandir la pureza y la dulzura en torno a sí».⁶ Y concluye la Santa discípula de Edmund Husserl: «Así podemos ver en el Espíritu de Dios, derramado sobre las criaturas, el prototipo del ser femenino».⁷

—Acepto muy complacido —respondió sonriendo una vez más—.

Se acerco a mí lento y, con la mirada brillante, limpia, con rostro alegre y feliz levantó su mano rozando mi mejilla en expresivo gesto de sintonía creadora.

Salí del despacho y, mientras me alejaba del lugar, miré dentro de mí y descubrí la riqueza de puntos de vista que había aprendido en nuestros encuentros, las vivencias aleccionadoras de sus modos de ser y estar, la satisfacción contagiosa de practicar al unísono el pensar, el aprender y el

⁵ *Confesiones*, X, 26, 37.

⁶ E. STEIN, *La mujer*, Madrid, Ed. Palabra, 1998, p. 127.

⁷ *Ibid.*, p. 246.

enseñar que para él, como para Ortega y García Morente, configuran el «educar para la vida creadora». Estaba satisfecha porque —como el poeta mejicano González Martínez— había conseguido «llegar a la escondida playa de mi minúsculo universo y había logrado oír el propio verso en que palpita el alma de la vida».⁸

IV. EPÍLOGO

Lo narrado hasta aquí —poco o nada convencional, real o irreal— ha pretendido mostrar la figura de un hombre extraordinario que ejemplifica magistralmente la excelencia del amor a los demás y la sublime dedicación al pensamiento. Quienes tuvimos el privilegio de conocerle en la distancia corta, aquélla que nos brinda la oportunidad de estimar lo mejor de un ser humano, guardamos en nuestro recuerdo la imagen de un hombre íntegro, solícito y generoso, cercano, de sonrisa fresca, sincera y atractiva, mirada penetrante y chispeante, comportamiento señorial y trato exquisito, palabra mágica, precisa y envolvente, capaz de hacer asequible lo complejo y difícil, de saber enciclopédico, voraz lector y, sobre todo, católico de fe inquebrantable y ejemplar que practicó con permanentes comportamientos de amor y entrega a todos.

Destacaré, por último, un rasgo externo de su aspecto físico que permite una analogía precisa con la que es su cualidad o virtud principal. Podría decirse que su pequeña figura física se alió y acompañó su decidida vocación a pasar inadvertido, a no hacerse notar, a evitar aspavientos que pudieran atraer banalmente la atención de los demás. Humildad que también destacaba en las relaciones cara a cara y que, por otra parte, no le impedía exponer y defender con enérgica convicción aquello que comprendía y creía y a no desistir hasta hacerlo comprender, aunque para ello tuviera que repetir la idea o el concepto una y mil veces. No se sentía satisfecho ni cesaba en su empeño hasta lograr la comprensión plena de su interlocutor, fuera quien fuere, sin excluir a nadie.

En su amplísima obra escrita, integrada por más de trescientos trabajos, destaca con nitidez ese amor y esa entrega, cualificada por la crítica feroz ante planteamientos superficiales dirigidos a descolocar y anular el pensamiento y, en último término, a matar la palabra.⁹

⁸ Citado por R. FLÓREZ FLÓREZ, «Misión del pensamiento en García Morente», op. cit. p. 84.

⁹ En múltiples trabajos, entre los que destacaré: *Presencia de la verdad. De la experiencia a*

El amigo, profesor y maestro vive deleitándose ahora de la vida buena; en silencio continua conversando con nosotros y allí, en el Paraíso, prosigue su tarea, manteniendo largas charlas con aquellos que fueron siempre sus leales compañeros de viaje. Con sus dilectos Agustín de Hipona y Juan de la Cruz recorrerá «los originales ámbitos y sendas subterráneas por los que ha discurrido la razón mística»,¹⁰ y conocerá a través de ellos la «experiencia mística» que ya en su obra consideró como «la más universal y abarcadora de todo lo humano».¹¹

Gozará al corroborar con el primero que no interpretaba erróneamente cómo «la llamada a la interioridad se produce como llamada de la conciencia de ausencia del amado que se busca»,¹² y sonreirá al ver que estaba también en lo cierto cuando sostenía que esa búsqueda, con que se abre el «Cántico espiritual» del segundo —«¿Adónde te escondiste, // Amado, y me dejaste con gemido?», la «ciencia de voz», «la llama de amor viva» o «el hondón del alma», como la denomina D. Ramiro, compartida por Agustín de Hipona («en el interior del hombre habita la verdad»)¹³ —, se cifra «todo el juego dialéctico» porque, en primer lugar, «el Deus absconditus y su dolor de ausencia nos remite al Homo absconditus, al requerimiento de buscarse a sí mismo, perdido en la viscosidad del mundo o en cualquier alineación de la alteridad»¹⁴ y, en segundo lu-

la doctrina en el pensamiento europeo, Prólogo de A. Muñoz Alonso, Madrid, Librería-Editorial Augustinus, 1971; «Educación del pensamiento crítico», *Revista Española de Pedagogía*, vol. 40, nº 158, 1983, pp.323-348; «Pensamiento contemporáneo y hombre futuro», *Educadores*, nº 137, 1986., pp. 169-189; «Misión del pensamiento en García Morente», *Cuadernos de Pensamiento*, nº2, Madrid 1988, pp. 69-86; «Dos modos de pensamiento: Ortega y Heidegger», *Cuadernos de Pensamiento*, nº 4, Madrid, 1989, pp. 39-58; «El Escorial y el Creco: modos de realidad y pensamiento», *La Ciudad de Dios*, vol. CCVIII, Real Monasterio de El Escorial, mayo-diciembre, 439-472; «Trasunto del pensamiento europeo en El Escorial de Felipe II», *Cuadernos de Pensamiento*, nº 11, FUE, Madrid, 1997, pp.169-188; *El hombre, mansión y palabra: aspectos actuales del pensamiento místico occidental*, Madrid, FUE, 1997; «Voluntad de poder y pensamiento transeuropeo», *Cuadernos de investigación histórica*, nº 18, Madrid, FUE, 2002, pp. 9-46; *Ser y advenimiento. Estancias en el pensamiento de Heidegger*, Madrid, FUE, 2003; «Pensamiento educativo en el contexto de la globalización», *Cuadernos de Pensamiento*, nº 17, Madrid, FUE, 2005, pp. 29-45; y en uno de sus mas excelentes y últimos artículos «Pensamiento moderno: el hombre desorbitado», *Cuadernos de investigación histórica*, nº 22, Madrid, FUE, 2005, pp. 97-114; y, por último, el libro en el que trabajó afanosamente los últimos días de su vida: *Flecos de Teoría*, Madrid, FUE, 2006, en el que reúne una miscelánea de trabajos recientes solicitados o pedidos como colaboraciones a números especiales de revistas, conferencias, simposios, etc.

¹⁰ R. FLÓREZ FLÓREZ, «Razón mística: la experiencia de la interioridad en San Juan de la Cruz y San Agustín», op. cit. p. 162.

¹¹ Ibid.

¹² R. FLÓREZ FLÓREZ, op. cit. p.170.

¹³ *De Vera Religione*, 39, 72.

¹⁴ R. FLÓREZ FLÓREZ, op. cit. p. 171.

gar, por qué esa búsqueda de la verdad «trasciende al hombre que razona»;¹⁵ y comprenderá y experimentará plenamente el «amare et amari, dilige, no potest fieri nisi bene faciar» («ama y no es posible que hagas sino bien»), traducido en el «ordo amoris» («orden de amor») que D. Ramiro siempre practicó, así como la dicha infinita de encontrar quien sienta el amor con la entrega y generosidad que él lo sintió, «da amantem, et sentit quod dico; («¡dame quien ame y sentirá lo que digo!»).

Desde luego, no perderá la oportunidad de inquirir a sus pensadoras y místicas favoritas, a las Santas del Carmelo, Teresa de Ávila y Edith Stein, por la que sentía una especial predilección basada, sin duda, en el conocimiento profundo del contexto¹⁶ en que, con grandes obstáculos, se desarrolló la vida y la obra de la joven judía y mártir.

Y quien sabe si, entre tanto, en algún sitio apartado, le saldrán al encuentro los gigantes del pensamiento alemán y español. Retomara sus discusiones con Hegel¹⁷ o se producirá el reencuentro con la ontología existencial de Heidegger¹⁸ coincidiendo con él en esa casa del ser que es el

¹⁵ *De Vera Religione*, op. cit. a la que alude y comenta D. Ramiro en las pp. 169-170, de la obra antes citada.

¹⁶ Del mismo da cuenta en su excelente Conferencia —de la que guardo copia dedicada— en el Seminario de Pensamiento que, sobre la vida y la obra de Edith Stein, se celebró en la sede de la Fundación Universitaria Española de Madrid, en febrero de 1999, publicada muy pronto en *Cuadernos de Pensamiento*, 13, especial dedicado a la pensadora germana, Madrid, 1999, pp. 69-109. Al número anterior de *Cuadernos de Pensamiento* sigue el dedicado a conmemorar el IV Centenario de la muerte de Felipe II al que se incorporan, por falta de espacio en el número anterior, otras aportaciones sobre Edith Stein.

¹⁷ El diálogo con el padre del idealismo alemán queda recogido en las siguientes obras: *Dialéctica de la historia en Hegel*, su tesis doctoral, elaborada en la Universidad Libre de Berlín, dirigida por Muñoz Alonso, con la que obtuvo el Premio extraordinario de doctorado en la Universidad Complutense de Madrid, publicada por la editorial Gredos en 1983; *Al habla con Hegel y tres lecturas españolas*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1995; «La apelación actual a Hegel», *Arbor*, n° 269, 1968, pp.27-46; «El Dios de Hegel», *Archivo teológico agustiniano*, 1, 1969, pp.479-514; «La historia como realización de la libertad en Hegel», *Crisis*, 19, 1972, pp.271-334; «El arte como presenciarización en Hegel», *Crisis*, 22, 1976, pp. 227-298; «La religión como configuración dialéctica del Espíritu Absoluto de Hegel», *Estudios Agust.* 12, 1977, pp.511-540; «Los filósofos y la historia de la filosofía en Hegel», *Miscelánea conmemorativa*, Madrid, Universidad Autónoma, 1982, pp. 237-258; «Lógica y racionalización de la historia en Hegel», *Estudios sobre Kant y Hegel*, Salamanca, 1982; «El Hegel de Ortega», *Actas del III Seminario de Historia de la Filosofía Española*, Universidad de Salamanca, 1983, pp. 252-174; «Die Tat des Weltgeistes», *Hegel-Jahrbuch*, 1981-1982, pp. 61-92; «La correspondencia entre Hegel y Schelling a propósito de la fenomenología», *Anuario del Departamento de Historia de la Filosofía y de la Ciencia*, Universidad Autónoma, 1984-85, pp.69-92; «La correspondencia entre Hegel y Hölderling», *Homenaje a Luis Morales Oliver*, Madrid, FUE, 1986, pp. 285-302; «Hegel y la dialéctica», incluido en *Flecos de teoría*, Madrid, FUE, 2006, pp. 41-59.

¹⁸ En los últimos años su mirada penetró en la intrincada obra del autor alemán en trabajos excelentes donde el lenguaje ocupa un lugar central: «Dos modos de pensamiento: Ortega y Heidegger», *Cuadernos de Pensamiento*, n° 4, Madrid, FUE, 1989; «La recepción de Heidegger por G. Marcel», *Estu-*

lenguaje, y se llenará de júbilo con el «saber pensado» de García Morente¹⁹ con el incisivo Ortega,²⁰ con el misterioso Unamuno²¹ se volverá a admirar ante el fino saber enciclopédico de Zubiri²² y también, desde allí, seguirá asistiendo, como siempre hizo aquí, a las sesiones de los Cursos, Ciclos y Conferencias que sigue organizando su amada Fundación Universitaria Española, y en la Sala de Conferencias se seguirá sentando en una esquina, junto a la pared... para seguir pasando inadvertido.

Como testimonio de afecto y de gratitud inmensa he tratado de plasmar los gratísimos recuerdos que el maestro fijó en mi memoria y que hoy se incorporan al amoroso Homenaje que, la Fundación Universitaria Española, a través de la Revista Cuadernos de Pensamiento —por feliz iniciativa de su Directora D.^a Lydia Jiménez y el esfuerzo de coordinación de la Profesora Dra. D.^a M.^a Teresa Cid— dedica a uno de sus mas leales patronos.

dios filosóficos, vol. XXXVIII, nº 109, Valladolid, 1989, pp. 581-602; «Convergencia de dos centenarios: Marcel y Heidegger», *Cuadernos de Pensamiento*, nº 6, Madrid, FUE, 1991, pp. 85-100; «Edith Stein y Martín Heidegger», *Cuadernos de Pensamiento*, nº 14, Madrid, FUE, 1999, pp. 69-92; «El enredo del lenguaje en Heidegger», *Cuadernos de Pensamiento*, nº 14, Madrid, FUE, 2001, pp. 225-258; «La historia del ser en Heidegger», *Cuadernos de investigación histórica*, nº 18, Madrid, FUE, 2001, pp. 171-198; «El cogitare divina de San Agustín en Heidegger», *Cuadernos de Pensamiento*, nº 15, Madrid, FUE, 2002, pp. 171-200; «El camino y la estrella en Heidegger», *Filosofía del camino y el camino de la filosofía*, *Actas V. En cuentros Internacionales de Filosofía del Camino de Santiago*, 2003, pp. 43-66; «Pensadores fronterizos: ¿cómo leyó Heidegger a San Agustín?», *Pensadores en la frontera. Actas VI Encuentros Internacionales de Filosofía en el Camino de Santiago 2001*, 2003, pp. 107-126; y, por último, el libro reeditado *Ser y advenimiento. Estancias en el pensamiento de Heidegger*, Madrid, FUE, 2006, cuya edición se agotó a los cuatro meses de su salida.

¹⁹ Ejemplo de tarea educativa y docente que admiró y describió en artículos como: «El último libro de García Morente», y «Misión del pensamiento en García Morente», ambos en *Cuadernos de Pensamiento*, nº 2, Homenaje a García Morente, Madrid, FUE, 1988, pp. 223-226 y 69-86.

²⁰ De Ortega se ocupó con mayor insistencia, particularmente en trabajos que establecen nexos entre el pensamiento del filósofo español y el de Heidegger: «Motivos de El Escorial en Ortega», *Ciudad de Dios*, nº 197, 1984, pp. 675-689; «La vida anónima en la sociología de Ortega», en *Cultura y existencia humana*, vol. homenaje a J. Uscatescu, Madrid, Ed. Reus, 1985, pp. 19-39; «Temporalidad del arte en Hegel y Ortega», en *Estética y creatividad en Ortega*, vol. Homenaje a Ortega y Gasset, Madrid, Ed. Reus, 1984, pp. 19-39; «Historiología y hermenéutica en Ortega», *Cuadernos Salmantinos de filosofía*, nº 14, 1987, pp. 69-92; «Dos modos de pensamiento: Ortega y Heidegger», *Cuadernos de Pensamiento*, nº 4, FUE, Madrid, 1989, pp. 39-58.

²¹ Unamuno atrajo su atención ya en sus primeros trabajos elaborados en los años sesenta: «Sobre la paradoja en Unamuno y su interpretación», *Idem*, nº 7, 1962, pp. 233-258; «El Cristo español de Unamuno», *La Estafeta Literaria*, 300-301, 1962; y, más tarde retoma la temática en: «El eco de Fray Luis de León en Unamuno», *Rel. Cult.*, nº 22, 1976; «La unidad de lengua y cultura en Unamuno», *Verdad y vida*, 39, 1981, pp. 25-44; «Sistema de pensamiento y razón educativa», *Cuadernos hispanoamericanos*, nº 440-441, ejemplar dedicado a M. de Unamuno, 1987, pp. 187-204; «El eco de Fray Luis de León en Unamuno», *Rel. Cult.*, nº 22, 1976, pp. 611-630.

²² «Metafísica y espíritu absoluto en Hegel, según Zubiri», *Cuadernos de Pensamiento*, nº 1, FUE, Madrid, 1987, pp. 21-40.